Universidad del Valle

Praxis Filosófica

Praxis Filosófica | N.° 64 | Jul. - Dic. | 2026 | e20315321
https://doi.org/10.25100/pfilosofica.vi64.15321

Artículo de investigación

La distinción entre capital y mercado como clave de lectura para una crítica de la razón mercantil. Una primera aproximación

The Distinction between Capital and Market as a Key to Reading a Critique of Market Rationality. A First Approach

Juan Alberto Fraiman[1]

1 Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná, Argentina. E-mail: juanfraiman@hotmail.com

Resumen

En el presente artículo proponemos realizar una primera aproximación al problema del concepto de mercado y su racionalidad, a partir de algunos aportes relevantes de destacadas figuras teóricas provenientes desde distintos campos disciplinares. Se trata de un trabajo preliminar que pretende plantear la necesidad de llevar a cabo una investigación más profunda que problematice las ideas comúnmente aceptadas de lo que se admite como racionalidad mercantil. En ese sentido, abordaremos, en primer lugar, las agudas consideraciones de Polanyi para dimensionar cuán profundamente han penetrado en nuestras vidas. En segundo término, daremos paso al pensamiento de Karl Marx referido al mercado y al capital como conceptos diferentes. Orientados por esa distinción que consideraremos fundamental, visitaremos algunos aportes historiográficos marxistas que irán otorgando una comprensión cada vez más inhabitual del mercado, incluso contraponiéndolo con la lógica del capital. En un cuarto momento, reunimos algunas observaciones de carácter más antropológicas y de historia social para hablar finalmente de una cultura del mercado. El resultado final no es otro que el imperativo a profundizar en varias direcciones disciplinarias con la finalidad de ir forjando una visión más integral de este fenómeno multifacético y poder aun identificar aspectos valiosos desde una pretensión emancipadora.

Palabras clave: mercado; capital; racionalidad económica; marxismo; economía moral; teoría crítica.

Abstract

In this article, we propose a first approach to the problem of the concept of the market and its rationality, based on some relevant contributions from prominent theoretical figures from different disciplinary fields. This is a preliminary work that aims to raise the need for more in-depth research that problematizes commonly accepted ideas of what is accepted as market rationality. In this regard, we will first address Polanyi's insightful considerations to gauge how deeply they have penetrated our lives. Second, we will turn to Karl Marx's thinking regarding the

OPEN ACCESS

Copyrigth: © Universidad del Valle 2026

Recibido: 3 de octubre de 2025.
Evaluado: 15 de mayo de 2026.
Aceptado: 7 de julio de 2026.
Publicado: 30 de octubre de 2026.

✉ **Autor de correspondencia:** Juan Alberto Fraiman. Buenos Aires 389, Alameda de la Federación 106, Paraná, Entre Ríos, Argentina. juanfraiman@hotmail.com.

¿Cómo citar?: Fraiman, J. A. (2026). La distinción entre capital y mercado como clave de lectura para una crítica de la razón mercantil. Una primera aproximación. *Praxis Filosófica*, (64), e20315321. https://doi.org/10.25100/pfilosofica.vi64.15321

Este artículo está bajo licencia CC BY-NC-SA 4.0

market and capital as distinct concepts. Guided by this distinction, which we consider fundamental, we will explore some Marxist historiographical contributions that will provide an increasingly unusual understanding of the market, even contrasting it with the logic of capital. In a fourth step, we bring together some more anthropological and social historical observations to finally discuss a market culture. The final result is none other than the imperative to delve deeper into various disciplinary directions in order to forge a more comprehensive view of this multifaceted phenomenon and to identify valuable aspects from an emancipatory perspective.

Keywords: Market, Capital, Economic rationality, Marxism, Moral economy, Critical theory.

I. Presentación de la problemática: el mercado como término en disputa

Sin dudas, "mercado" es un término muy utilizado en las conversaciones cotidianas y en los distintos foros públicos de nuestras sociedades contemporáneas. Así, solemos oír con total naturalidad hablar del mercado laboral, financiero o inmobiliario; de la importancia de una economía de mercado para el desarrollo de un país, de su necesaria regulación, etc. Más allá del entusiasmo, la resistencia o el escepticismo que pueda suscitar, su significado se da por sentado en los distintos estratos de la vida social. Dicha cuestión no se circunscribe al llamado pensamiento neoliberal, pues engloba también a aquellos discursos que se expresan manifiestamente en contra de esa corriente del pensamiento y del "libre mercado", en tanto se consiente con la misma terminología sin examinar su sentido.

En paralelo, existe hoy una extensa literatura académica que nos permite tener una mirada más perspicaz al respecto. En efecto, una ingente y diversificada producción teórica ha sido clave para señalar problemas, abrir discusiones y obtener aproximaciones más ricas acerca de este particular objeto de estudio. Se podría mencionar el desarrollo de diferentes subdisciplinas o especializaciones como la antropología económica, la sociología económica, la historiografía económica, la filosofía del mercado e incluso se ha llegado a hablar de la teología del mercado[1]. También se deberían mencionar los aportes desde la propia ciencia económica en un sentido más acotado; por ejemplo, las interesantes contribuciones del giro institucionalista (Hodgson, 2007).

En líneas generales, se suele reconocer al mercado como un fenómeno multidimensional que debe comprenderse en estrecha vinculación con el resto de la vida social. Se desmonta así la ingenua visión que encuentra en el "mercado" el punto cúlmine de la evolución en las organizaciones económicas y el lugar más apropiado donde deben desenvolver sus actividades pecuniarias las personas, presuntamente inclinadas por naturaleza para realizar intercambios e incrementar incesantemente la producción de bienes. A la vez, se advierten los límites del análisis de mercados que prescinde de los condicionamientos sociales y culturales.

1 Con antropología económica nos referimos a las contribuciones inspiradas en la obra de Karl Polanyi y los debates posteriores entre sustancialistas y formalistas (Moreno Feliú, 2005; Narotzky, 2004), poniendo en entredicho la pretensión de universalidad del *homo oeconomicus*. Por su parte, la necesidad de una sociología económica ya ha sido señalada por Marcel Mauss (2009), pues el análisis de los complejos simbolismos que envuelven a los intercambios en sociedades disímiles puede echar luz acerca de los sistemas de solidaridad social subyacentes en las prácticas mercantiles del occidente moderno. Con respecto a la historia económica, aludimos a las contribuciones de Ferdinand Braudel (1984a; 1984b) y continuadores como Wallerstein (1999) y Arrighi (1999) que se han esforzado por complejizar y ampliar la mirada acerca de la vida mercantil en el desarrollo de la economía mundial. No menos importante para desbaratar lugares comunes es la filosofía del mercado dedicada a reconstruir conceptualizaciones del mercado a partir de relecturas del pensamiento económico en los grandes clásicos, antiguos y modernos, como Aristóteles, Adam Smith, David Ricardo, Hegel, etc. (Herzog, 2013a; 2013b; Schmidt am Busch, 2016). En cuanto a la teología del mercado, resulta fundamental para revisar las conexiones entre las prácticas religiosas y el comportamiento económico, así como la consolidación de nuevos credos asociados a la mentalidad mercantil (Schwarkopf, 2020).

A nuestro entender, ha sido Karl Polanyi (2007; 2020; 2021) quien ha llevado más lejos la crítica de lo que ha denominado la mentalidad economicista y el credo liberal. Polanyi se ha dedicado particularmente a desmenuzar las raíces de este pensamiento que situó durante la Revolución Industrial en Inglaterra en el siglo XIX. Desde aquel entonces, se ha instalado por primera vez en la historia de la humanidad una nueva manera de concebir y afrontar la subsistencia humana a través del sistema de mercado, cuya nota esencial lo constituye la subordinación de toda la producción y distribución de bienes y servicios al libre juego de la oferta y la demanda. Todos los productos constituyen mercancías portadoras de precios establecidos en el intercambio.

Por otro lado, a Polanyi le interesan las distintas reacciones sociales que, a lo largo del tiempo, se han generado intentando contener, mantenerse a resguardo o frenar el avasallamiento del mercado. En ese sentido, se ha referido a distintos tipos de acciones y manifestaciones defensivas provenientes de diferentes grupos, individuos e instituciones, denominados en conjunto como "contramovimientos" (Polanyi, 2007, p. 127).

Al respecto, la pensadora Nancy Fraser (2012) ha subrayado la notable vigencia del análisis de Polanyi para pensar los problemas actuales del capitalismo global, más allá de una mirada estrechamente económica[2]. No obstante, advierte Fraser, el trabajo del célebre historiador económico húngaro permanece atrapado en un rígido dualismo entre el principio de protección social y la expansión del libre mercado, clausurando un tercer término posible, a saber, la emancipación. A la vez, tal dualismo impide pensar combinaciones posibles entre ambas tendencias: por caso, la existencia de relaciones de dominio en el proteccionismo o procesos emancipatorios desatados por el mercado autorregulado (Fraser, 2012, pp. 15-20). Como sea, la reflexión de Fraser revela una premisa problemática en el análisis de Polanyi, pues pareciera partir de una conceptualización del mercado moderno demasiado estrecha que sólo da lugar a la destrucción social y nunca tiene efectos liberadores, así como tampoco le permite identificar relaciones de opresión en la respuesta social proteccionista.

2 Por cierto, existe ya una extensa bibliografía que subraya la vigencia de la obra de Polanyi (Maucourant, 2006; Dale, 2010; Mendell y Salée, 1991; Polanyi Levitt y Desai, 2020). Sin dudas, su pensamiento se ha convertido en una fuente fundamental de inspiración para la crítica a la globalización actual que ha profundizado la inserción del mercado y los procesos de finaciarización en la economía mundial (Muñoz Ferrer, 2025). En efecto, estamos viviendo una nueva ola del neoliberalismo a escala planetaria que reclama aún más desregulaciones del control público, privatizaciones de sectores claves de la producción, incremento de la competitividad tecnológica y flexibilidad en las contrataciones laborales (Subirats, 2014). Justamente, tales exigencias se basan en restituir la utopía decimonónica del mercado autorregulado que ha constituido el principal objeto de crítica de Polanyi (de Castro y Pedreño, 2012). A través de lentes polanyianos se advierten también que los procesos de mercantilización suponen un creciente automatismo del funcionamiento de la vida social, poniendo en severo riesgo el régimen democrático y el ejercicio mismo de la libertad (Laville, 2012). Todo ello parece constituir un terreno muy propicio para la propagación de movimientos belicistas, autoritarios y segregacionistas de ultraderecha en todo el planeta, como ya lo había advertido el propio Polanyi con respecto al surgimiento del fascismo en el siglo XX (Sucar Díaz, 2026). En ese marco, hay una gran deuda con Polanyi de casi todos los enfoques críticos del pensamiento económico neoclásico y su consabido abuso de los modelos matemáticos absolutamente estrechos e infructuosos para detectar y afrontar los graves riesgos que este nuevo impulso neoliberal contiene (Maya Ambía, 2014). Innumerables perspectivas ecologistas, feministas, posmarxistas e institucionalistas abrevan en Karl Polanyi, siguiendo esta orientación crítica (Hernández, 2026).
Finalmente, cabe señalar que la obra de Polanyi ha estimulado importantes proyectos sociales y medidas económicas orientadas hacia la desmercantilización y la protección de bienes comunes vinculados con la salud, la educación y el ambiente (Esping-Andersen, 1993). Por lo demás, el legado de Polanyi es fundamental en America Latina y en otras regiones del sur global para denunciar los procesos de injerencia y colonización económica y cultural y en la construcción de propuestas alternativas y solidarias de economía social (Coraggio, 2012; Valenzuela Espinoza, 2016; Concha, 2026).

Con todo, la reflexión de Fraser tampoco parece ir mucho más lejos, pues piensa los posibles efectos liberadores del mercado sólo en términos de una libertad negativa[3]. A nuestro entender, permanece intacta una identificación del mercado con las prácticas instrumentales, con el mecanismo impersonal de la oferta y la demanda para la determinación de los precios y con la acción racional con arreglo a fines como la conducta típica atribuida a los agentes, ensamblados entre sí por mecanismos anónimos de coordinación.

En ese marco, nos preguntamos si estamos realmente frente a una conceptualización adecuada del mercado. Podríamos utilizar la siguiente frase del conocido historiador Edward Thompson para plantear nuestra inquietud: "Sospecho que a menudo la «economía de mercado» es una metáfora (o una máscara) del proceso capitalista" (Thompson, 1995, p. 344). Si se trata, entonces, de una mascarada ideológica del capital, deberíamos preguntarnos por qué se apelaría al mercado, qué habría de convincente en esa figura retórica, ¿acaso hay algo más que la invocación a reglas impersonales y a mecanismos automatizados? Aun como fenómeno ideológico, ¿no debería suponer además ciertas promesas, aspiraciones vitales, apelaciones a valores compartidos y concepciones del mundo relevantes para los propios agentes involucrados? De lo contrario, no podríamos siquiera explicar su funcionamiento, su capacidad reproductiva y expansiva.

Más aún, nos referimos a la posibilidad de considerar al mercado como fuente de normatividad social específica, tal como lo piensa Axel Honneth (2014, pp. 234-262). Pero, entonces, ya no nos limitaríamos simplemente a denunciar al mercado como metáfora o ficción funcional al sistema capitalista. Tampoco es suficiente con volver a pensarlo como algo incrustado en normas sociales, sometido a parámetros no mercantiles que podrían ser, no sólo proteccionistas sino también, en la visión de Fraser, emancipatorios. Pues, en el fondo, no se abandona del todo esa percepción del mercado como si fuera una especie de artefacto relativamente autosuficiente que sólo es posible interferir desde lo social o lo moral como correctivos externos.

Por lo demás, ya no se puede equiparar sin más mercado con capital, aunque ciertamente sus vínculos pueden ser muy estrechos. Sin desconocer el papel ideológico que suele cumplir el mercado, así como haciendo justicia al aspecto genuinamente más normativos que podamos hallar en él, se impone, entonces, la necesidad de repensar las relaciones conceptuales entre ambos términos: ¿en qué radica tal diferenciación conceptual y qué tipo de conexión lógica es posible pensar entre ellos?

Así es como arribamos al pensamiento de, nada menos, Karl Marx. En particular, la distinción entre las fórmulas M-D-M y D-M-D' vertidas en las primeras páginas de *El capital* nos resultará útil para, al menos, para justificar de manera consistente una delimitación conceptual entre mercado y capital. Desde luego, no consistiría en una usual lectura de Marx, pero se inspira en reconocidas interpretaciones ya efectuadas por importantes autores marxistas como Jacques Bidet (1993), Cornelio Castoriadis (2006) y, en el mundo hispánico actual, Fernández Liria (Fernández Liria y Alegre Zahonero, 2010; 2018) y Moreno Pestaña (2020; Moreno Pestaña y Romeo Cuevas, 2022)[4].

3 Así, cuando Fraser (2012) afirma que "En efecto, la desregulación de los mercados acarrea los efectos negativos sobre los que Polanyi llamó la atención, pero puede también conllevar efectos positivos en la medida en que esas protecciones que desmantela tienen un carácter opresor como, por ejemplo, cuando se introduce a los mercados en economías burocráticamente gestionadas, o cuando se abren los mercados laborales a las mujeres y a anteriores esclavos" (p. 26). Al mercado se le imputa tanto el daño como el beneficio que suele atribuirse a la llamada libertad negativa.

4 Por otra parte, resultan valiosos para nuestro propósito aquellas investigaciones y reflexiones que han intentado poner en diálogo el pensamiento de Marx con Karl Polanyi. En ese sentido, ya hemos señalado la intervención de Nancy Fraser (2020), quien postula

Con todo, la respuesta a la pregunta por el mercado y su relación con el capital no puede circunscribirse al terreno conceptual apriorístico. El rendimiento analítico de los conceptos debe ponerse a prueba con abordajes históricos que sean capaces de suministrar fundamentos empíricos y, al mismo tiempo, ajustar y enriquecer esos conceptos. Con ese propósito, apelaremos a la tradición historiográfica marxista inaugurada por Fernand Braudel (1984a; 1984b), proseguida por el propio Wallerstein (1999) y también Giovanni Arrighi (1999), quienes justamente se inspiran en Marx para pensar una noción histórica de mercado que se contrapone a la lógica del capital.

En esa misma dirección, algunos estudios antropológicos sobre la economía nos conducen a hablar de una cultura del mercado, no siempre en función de enmascaramiento ni en sintonía con el régimen capitalista; incluso, a veces, en abierta contradicción con él. En términos generales, intentaremos sugerir que la ligazón más o menos automática que se hace entre mercado y racionalidad instrumental es equívoca y engañosa, pues oculta o relega otras potencialidades de racionalidad que se le pueden atribuir al mercado.

En suma, nuestro trabajo se propone iniciar una crítica a la razón mercantil, en base a una lectura inspirada en Marx complementada por distintas contribuciones interdisciplinarias para delimitar más claramente el mercado de la lógica del capital. El contraste se va a ir acentuando a medida que avancemos en nuestro recorrido, sumergiéndonos en el sentido histórico, cultural y normativo del mercado. De esa manera nos encontraríamos en mejores condiciones para plantear una visión alternativa de la racionalidad mercantil.

En primer lugar, retomaremos, a grandes trazos, el planteo de Polanyi para sopesar, lo más agudamente posible, la irrupción del mercado en las sociedades contemporáneas. En un segundo momento, introduciremos, apoyados en Marx, la necesidad de precisar la distinción entre mercado y capital para formular, en todo caso, una adecuada relación lógica entre ambos términos. En tercer lugar, prosiguiendo una línea historiográfica marxista, ahondaremos en esa delimitación en clave histórica. Posteriormente, nos referiremos a la conveniencia de pensar al mercado en términos normativos y culturales, de modo que se alcance a contemplar las distintas y complejas dimensiones que pueden comprometer la idea de mercado y la racionalidad o racionalidades atribuidas a él.

Naturalmente, nuestro planteo requiere un tratamiento mucho más amplio del que puede ofrecer la extensión de un artículo académico. Lo que aquí modestamente intentaremos realizar es un primer acercamiento a distintas contribuciones disciplinarias para señalar la necesidad teórica de reflotar o mantener viva la pregunta por el mercado y su vinculación con el capitalismo como sistema social de producción. Se trata de una aproximación preliminar para una futura investigación de mayor aliento acerca del concepto de mercado y sus condiciones de validez desde un punto de vista interdisciplinario.

además la necesidad de integrar críticamente ambos enfoques con la finalidad de obtener un diagnóstico lo más amplio posible de la crisis actual del capitalismo, por fuera de las anteojeras economicistas. Aunque ambos enfoques han sido habitualmente pensados como incompatibles entre sí (Fuentes Ortega, 2010), se ha insistido sin embargo en la posibilidad de obtener un diálogo muy fructífero entre ambos autores (Fernández Liria y Alegre Zahonero, 2012). Por caso, Polanyi nos permite pensar los efectos nocivos del capitalismo más allá de la explotación económica, sin necesariamente contradecir la crítica a la economía política emprendida por Marx (Polo Blanco, 2015).

En suma, nuestro trabajo pretende proseguir la senda del diálogo crítico entre ambos enfoques que otros autores han inaugurado. En particular, entendemos que la noción de "mercado" constituye un aspecto relevante para abordar comparativamente ambas perspectivas.

II. El mercado, la razón mercantil y la condición humana según Polanyi

Si, por un momento, imagináramos la vida cotidiana de una persona desprovista de piernas y brazos, seguramente nos ganaría una profunda angustia ante tal situación de desolación absoluta. Representaría, para nosotros, una afectación fundamental para su vida, pues ese ser humano no podría valerse por sí mismo ni procurarse el sustento sin una constante asistencia de los demás. Así nos veríamos nosotros, inmersos en una sociedad mercantil, si se nos juzgaran desde otros parámetros socioculturales.

Tales consideraciones se podrían desprender de la lectura de la obra de Polanyi. Este autor afirma que una sociedad mercantil supone la mercantilización —con la consiguiente vulneración— de los tres grandes pilares que sustentan cualquier forma de vida social, a saber: la naturaleza transformada en tierras rentables; el dinero que se constituye principalmente como capital financiero y la propia actividad humana, convertida en trabajo que se compra y vende (Polanyi, 2007, pp. 118-127). He aquí el hombre libre en el mercado, pero en el segundo sentido referido por Marx: despojado de sus medios de subsistencia y obligado, por esa razón, a ingresar en el juego mercantil de la producción incesante y de los intercambios regidos por el juego de la oferta y la demanda. Por lo tanto, el ser humano, escindido de la naturaleza, de la sociedad e incluso de sí mismo, es el equivalente a alguien desmembrado y completamente desvalido.

En definitiva, el mercado erigido como un sistema autorregulado que domina la vida social representa, para Polanyi, un auténtico desafío *existencial*. Pues la propia condición humana se ve afectada por la intromisión de un mecanismo completamente artificioso[5] que nos arroja hacia una carrera despiadada y absurda por la supervivencia individual, la autosuficiencia y el afán de lucro sin medida. Se impone una nueva mentalidad que refiere a cualquier desarrollo económico desde el punto de vista del despliegue presuntamente natural del mercado y a la propia naturaleza humana asociada a lo que corrientemente se conoce bajo la expresión *homo oeconomicus* (Polanyi, 1994, pp. 77-90).

Asimismo, desmontar esa imagen requiere demostrar el carácter particularmente excepcional que ha tenido la emergencia del mercado en las sociedades humanas y su inmensa capacidad de daño. Para Polanyi, el hecho histórico que instauró al mercado fue la revolución industrial inglesa en el segundo cuarto del siglo XIX y su posterior expansión mundial (Polanyi, 2007, pp. 105-117). Por primera vez en la historia universal, se establece un sistema de mercado autorregulado, esto es, su particular modo de funcionamiento basado en el trueque de mercancías se expande e institucionaliza por encima de las normas, costumbres y regulaciones sociales, adquiriendo, por así decirlo, vida propia. No se trata simplemente del surgimiento de un ámbito específico firmemente encapsulado, sino de un mecanismo que tiende a propagarse y someter a toda la sociedad y a la naturaleza a sus requerimientos; como un nuevo rey Midas que todo lo convierte en mercancías, es decir, en material intercambiable, produciendo así un efecto de dislocación social, el vaciamiento cultural y la desertificación ambiental.

En gran medida, las investigaciones históricas de Polanyi (Polanyi *et al.*, 1994) y el recurso a distintos estudios antropológicos a sociedades no occidentales intentan mostrar las distintas alterna-

5 Según Polanyi (2007), "un mercado es un lugar de reunión para la realización del trueque o compra-venta. Si tal patrón no está presente, por lo menos en parches, la propensión al trueque encontrará un campo insuficiente: no podrá generar precios" (p. 105).

tivas de procurar el sustento, basado en otras pautas económicas completamente ajenos al mercado moderno. Según la sistematización elaborada por el propio Polanyi, en las grandes culturas de la antigüedad, así como en otras sociedades no occidentales, han predominado otros principios que organizan la economía humana: la reciprocidad, la redistribución y el hogar, dando lugar a rasgos o patrones institucionales respectivamente reconocidos como la simetría, la centralización y la autarquía. El mercado podría considerarse un cuarto principio que se rige por el trueque (Polanyi, 2007, pp. 91-104).

Con todo, esos principios no son autoexcluyentes; en algunos casos hay curiosas combinaciones e incluso se reconoce la práctica del trueque y la presencia de mercados en antiguos imperios, aunque siempre ocupando un lugar subordinado, pues el intercambio sucedía de manera muy restringida y aislada, bajo estricto control regulado por normas morales y autoridades políticas. Aquellos mercados, por así decirlo, precapitalistas, no tenían ningún tipo de gravitación fundamental en el funcionamiento global de la economía de una sociedad; la subsistencia de todo un pueblo o de un grupo determinado de su población no podría depender del procedimiento mercantil del trueque (Polanyi *et al*., 1976).

En cambio, en una sociedad de mercado propiamente dicha, las prácticas mercantiles dejan de ser un rasgo circunstancial y accesorio, adquieren un carácter institucional desprendido de las regulaciones y habituales límites sociales. Entonces, todos los resortes de la producción, distribución, adquisición y consumo de bienes se supeditan a sus mecanismos (Polanyi, 2007, p. 118).

Polanyi enfatiza también que las variadas formas de procurarse el sustento en las sociedades humanas suponen una economía, en todo caso, "incrustada" en la vida social. En ese sentido, también la sociedad de mercado marca una gran excepción, pues el mercado autorregulado significaría un desacoplamiento inédito de la economía ante otras dimensiones vitales de la humanidad: la cultura, las relaciones de poder, el parentesco, etc. (Polanyi, 2007, p. 121).

Ahora bien, el desarraigo de la economía no puede ser total. En cierta medida, la idea del mercado autorregulado constituye una utopía, pues su realización plena implicaría la destrucción total del ser humano y el planeta.

La clave para comprender este aspecto reside en señalar que los tres pilares de la economía anteriormente nombrados, la fuerza de trabajo, la tierra y el dinero nunca pueden calificar completamente como mercancías. En todo caso, se tratarían de, según la terminología de este autor, "mercancías ficticias" (Polanyi, 2007, p. 123), al no ser entidades destinadas exclusivamente para el intercambio mercantil. Pues, no han sido creadas para ser objeto de manipulación bajo la motivación de la ganancia y su utilización les ocasiona daños muy severos. Polanyi (2007) lo expresa con gran dramatismo:

> La supuesta mercancía llamada "fuerza de trabajo" no puede ser manipulada, usada indiscriminadamente o incluso dejarse ociosa, sin afectar también al individuo humano que sea poseedor de esta mercancía peculiar. Al disponer de la fuerza de trabajo de un hombre, el sistema dispondría incidentalmente de la entidad física, psicológica y moral que es el "hombre" al que se le aplica este título. Privados de la cobertura protectora de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían por los efectos del desamparo social, morirían víctimas de una aguda dislocación social a través del vicio, la perversión, el crimen y la inanición. La naturaleza que-

> daría reducida a sus elementos, las vecindades y los paisajes se ensuciarían, los ríos se contaminarían, la seguridad militar estaría en peligro, se destruiría el poder de producción de alimentos y materias primas. Por último, la administración del poder de compra por parte del mercado liquidaría periódicamente a las empresas, ya que las escaseces y los excesos de dinero resultarían tan desastrosos para las empresas, como las inundaciones y las sequías para la sociedad primitiva. (pp. 123 y 124)

Sin dudas, las palabras de Polanyi adquieren rasgos dramáticos y existenciales con una actualidad insospechada que no deberíamos perder de vista ni minimizar. Por lo demás, su indagación se dirige a las bases mismas de la mentalidad mercantil, cuando se hace referencia a los supuestos teóricos de una concepción, denominada por él, formalista de la economía, dominando el campo disciplinar de la economía como ciencia y también ejerciendo un profundo influjo en el sentido común de la población no experta (Polanyi, 1994, pp. 91-92).

En ese marco, nos referiremos a la racionalidad asociada al mercado. Pues las presuposiciones básicas de una concepción formalista de la economía y mercantilista de la sociedad atribuyen a cada actor social una conducta racional que consistirá principalmente en ajustar de manera adecuada los medios disponibles a los fines propuestos. Se podría añadir que los fines se organizan de acuerdo con las preferencias individuales del agente atomizado. Por lo tanto, cualquiera sea el fin, se trata de ajustar los medios a las preferencias individualizadas (Polanyi, 1994, pp. 93-96). He aquí entonces la razón instrumental como facultad cognoscitiva destinada exclusivamente al problema de los medios, en cuya tematización problematizadora se han destacado las más descollantes figuras intelectuales en la célebre Escuela de Frankfort (Wiggerhaus, 2011), quienes a la vez fueron influenciados por Max Weber, importante autor que a la vez ha marcado la trayectoria intelectual de Polanyi[6].

Para Polanyi (2020), el pensamiento formalista se sostiene en la importancia del llamado "postulado de escasez" (p. 236), aludiendo a la existencia de una situación de partida de insuficiencia de medios que estimulará la búsqueda del mejor medio posible. Ello obliga a pensar en términos de costos y beneficios, de cálculo de ganancias, de rentabilidad o pérdida, etc. La insuficiencia obra como motivación fundamental; análogamente podríamos hablar del hambre y la avidez por lograr lo que aún no se posee. Además, la atomización de los individuos refuerza y complementa tales circunstancias de potencial o efectiva desolación. Por el contrario, con la presunción de abundancia sumada a un fuerte entramado social de respaldo, perdería sentido el empeño calculista individual y la racionalidad de los medios como tal (Polanyi, 1994, pp. 96-103).

Al principio de este apartado, hemos señalado un hipotético juzgamiento de la sociedad mercantil vista desde afuera. Si ahora hiciéramos el experimento mental a la inversa acerca de cómo se juzgaría una cultura no occidental desde el punto de vista del mercado, afirmaríamos, siguiendo a Polanyi, que se trata de pueblos irracionales en tanto viven en el despilfarro sin la menor consideración de los posibles beneficios del ahorro, la inversión, la ganancia, el cálculo de costos, el incremento de la productividad, etc.

6 Sin dudas, se trata de vertientes críticas de la mentalidad mercantil distintas entre sí. El análisis desarrollado, por ejemplo, por Adorno y Horkheimer (1998) intenta encontrar las raíces del pensamiento instrumental en los orígenes antiguos de la cultura occidental; en tanto que Polanyi se esfuerza por mostrar que la mentalidad mercantil es algo excepcional que irrumpe recién en el siglo XIX, para él, los antiguos griegos y la propia modernidad temprana, todavía no eran presas de tal pensamiento.

Naturalmente, ninguna forma de vida social *per se* está librada del riesgo de la escasez; lo admite el propio Polanyi. Pero aquí nos referimos al móvil último y al criterio fundamental para juzgar la conducta humana: obrar no conforme a costumbres, tradiciones, ni para ganar prestigio, autoridad moral o aceptación social; sino orientado por la estimación de posibles pérdidas y ganancias, teniendo como trasfondo insoslayable el principio de la escasez. He aquí lo propio de la mentalidad mercantil y el basamento de su racionalidad. Acaso una manera peculiar de estar y existir en el mundo. Con ello trazamos una semblanza general del mercado y su significado existencial, inspirados en Polanyi.

En este punto son muy atendibles las observaciones críticas realizadas por Nancy Fraser (2020, pp. 33-70) respecto al tratamiento excesivamente unilateral que destina Polanyi a los procesos de mercantilización. Pues el autor húngaro parece estar más enfocado en analizar sus efectos perniciosos de desintegración social, sin prestar atención a sus posibilidades emancipatorias y postulando, como contrapartida, comunidades y solidaridades sociales que aparecen, al menos implícitamente como idealizadas, puras, con cualidades loables intrínsecas. El resultado de estas disquisiciones es el análisis de los conflictos sociales en un reduccionismo dualista entre mercado y sociedad.

Frente a ello, se impone, a nuestro parecer, la siguiente pregunta: ¿el mercado está definido exclusivamente por el intercambio o por el principio utilitarista del cálculo por la supervivencia y la ganancia? Si seguimos la huella de la razón mercantil, ¿en qué términos debemos concebir el vínculo entre intercambio, supervivencia y ganancia? ¿se trata de una vinculación estructural o contingente? Si concibiéramos, por ejemplo, el intercambio regido bajo la intención de satisfacer de manera mutua y complementaria las necesidades de cada agente, la conexión lógica entre intercambio y búsqueda del beneficio se debilita ¿Puede, entonces, concebirse un intercambio bajo otros principios?

Insistimos, ¿es posible pensar el intercambio mercantil sin la intervención de una autoridad externa pero tampoco sin estar azuzado por la amenaza de carestía ni por el impulso a la ganancia? ¿habría alguna alternativa para comprender esas prácticas, sus motivaciones y propósitos? ¿por qué no entender dicho actuar, por ejemplo, como orientado por un entendimiento en común para satisfacer recíprocamente cada uno sus necesidades particulares? Al menos, tales interrogantes indican ya la necesidad de deslindar con mayor claridad lo que se entiende por libre intercambio mercantil y el afán de ganancia.

III. Marx y la necesidad de separar mercado de capital

Al respecto**,** pretendemos introducir el pensamiento de Karl Marx. En gran medida, su exposición inicial de *El Capital* (2021) busca delimitar conceptualmente la noción de capital y nos lega también una interesante demarcación con respecto a lo que se entiende por mercado. A través de las célebres y sencillas fórmulas M-D-M y D-M-D`, Marx traza los basamentos, a nuestro juicio, de una estructura categorial con una promisoria potencialidad explicativa para nuestro asunto[7].

7 Un desarrollo más extendido acerca del significado de tal diferenciación entre ambas fórmulas, bajo la idea de una concepción dual en Marx, la hemos realizado en Fraiman (2022). Aunque desarrollamos una impronta propia de lectura de Marx, sigue algunos lineamientos generales en interpretaciones que han realizado Bidet (1993), Castoriadis (2006), Fernández Liria (Fernández Liria

Según Marx, el intercambio mercantil es posible, en primer lugar, porque existen mercancías, esto es, productos fabricados u obtenidos para ser intercambiados y así satisfacer alguna necesidad específica. Pero también debe haber, como señala el gran autor de Tréveris, individuos quienes, en calidad de poseedores de esas mercancías, tengan la voluntad de realizar el intercambio, de modo tal que se establezca una especie de vínculo contractual entre voluntades (Marx, 2021, p. 103)[8].

Esta práctica está preñada de importantes presuposiciones con respecto a la independencia personal y el trato igualitario. La transacción se da en términos de equivalentes merced a la mediación del dinero. El dinero oficia como equivalente general y es capaz de expresar las distintas magnitudes de valor contenidas en cada mercancía, a la cual se le adjudica un precio o denominación dineraria para así poder intercambiarse por otra en justa proporción (Marx, 2021, p. 158).

Además, las mercancías transables deben ser distintas, en cuanto a su contenido específico. Toda mercancía, en ese sentido, está orientada a satisfacer las necesidades de otros, de lo contrario, dice Marx, no ingresaría en el mercado. En ese marco, los dos sujetos del intercambio salen beneficiados (Marx, 2021, p. 55).

En última instancia, el intercambio sucede gracias al carácter doble que Marx atribuye a toda mercancía, en tanto valor de cambio y valor de uso. Como valor de cambio, cada mercancía expresa una cantidad determinada de trabajo socialmente necesario que se puede cuantificar y así comparar las mercancías entre sí para proceder a la transacción. El valor de uso refiere a las cualidades específicas que contiene cada mercancía destinada a cumplir una utilidad o satisfacer alguna necesidad humana, mientras que el valor de cambio se determina de manera abstracta, cuantitativa y relacional. Pese al contraste, existe una complementariedad pues no puede haber intercambio prescindiendo de ambos aspectos (Marx, 2021, pp. 43-50).

Otra condición importante de la transacción es la división social del trabajo que convierte a cada miembro en un poseedor de mercancías tan unilateral como multilaterales son sus necesidades. Aunque cada miembro del mercado es independiente y su trabajo lo realiza de manera privada, se inscribe en una especie de sistema de dependencias multilaterales, donde las distintas actividades se complementan entre sí. Por lo tanto, la circulación de mercancías se organiza de manera, podríamos decir, encadenada, reforzando la complementariedad y dependencia mutua. Marx señala como ese ciclo continuo rompe barreras individuales, temporales y comunitarias, potenciado por la utilización del dinero como medio de circulación. De otra manera, los actos de intercambio como el trueque, surgirían y finalizarían en un ámbito social muy acotado (Marx, 2021, pp. 91-92).

Aquí señalaremos otro aspecto que consideramos crucial. En el mercado, en verdad, no hay oferta y demanda o compradores y vendedores establecidos de manera fija y estrictamente separados entre sí, pues cada miembro debe cumplir alternativamente con los roles de comprador y vendedor (Marx, 2021, p. 198). La existencia de alguien que compra sin vender, que consume sin producir o que vende sin comprar, supondría sustraerse (aunque sea parcialmente) del mercado por efecto de algún

y Alegre Zahonero, 2010; 2018) y Moreno Pestaña (2020; Moreno Pestaña y Romeo Cuevas, 2022), para separar mercado de capital: en convergencia parcial también con el llamado socialismo del mercado de corte anglosajón.

8 En reiteradas ocasiones se ha señalado con razón que el principio de libertad de contratación supone intrínsecamente un respaldo social no-contractual. En particular, en el caso de las transacciones comerciales, el contrato suele ser imperfecto, en tanto no puede asegurar por sí mismo el cumplimiento de ambas partes contratantes. Sin embargo, esto no va en desmedro del reconocimiento de la libertad, sino que acentúa su vinculación con la confianza y la credibilidad mutua que necesariamente debe operar como trasfondo (Narovsky, 2004).

tipo de estatus privilegiado que vulneraría las reglas del intercambio recíproco de equivalentes para sacar provecho de tal situación y así recibir, por ejemplo, algo gratis. Asimismo, el incumplimiento de las equivalencias buscando algún tipo de ventaja como vender a un valor recargado o comprar a ínfimo precio terminará afectando a quien perpetra dicho ardid a la hora de cumplir con el papel inverso como comprador o vendedor. La astucia, el robo o el engaño que busca sacar provecho del mercado sólo puede funcionar de manera ocasional y no sistemáticamente; en el marco de lo que Marx (2021) denomina "las leyes inmanentes al intercambio de mercancías" (p. 202).

Con ello es suficiente para establecer el contraste con la lógica del intercambio D-M-D`, la fórmula general del capital. El punto de partida es el dinero que se convierte en mercancía y luego retorna incrementado a la forma dinero. Marx desarrolla esta fórmula para explicar la conversión del dinero en capital y esto sucede porque D` es mayor que D. Se grafica entonces la dinámica del capital como un incesante movimiento de valorización o de autovalorización, considerado un fin en sí mismo[9]. Si en el primer caso, la fórmula M-D-M consiste en "vender para comprar" (Marx, 2021, p. 129) y así satisfacer las necesidades como propósito primordial, aquí se trata de "comprar para vender" (Marx, 2021, p. 180) y así aumentar el dinero inicial que expresa, en definitiva, el valor de cambio de una mercancía.

Dado que continuamos refiriéndonos a mercancías, no puede dejar de contener valores de uso destinado a satisfacer necesidades, pero tal condición es subordinada a la necesidad de aumentar cuantitativamente el valor acumulado. Dicho de otra manera, las necesidades de los agentes son requeridas, utilizadas y subyugadas a la lógica del capital.

Ahora bien, para explicar cómo el intercambio mercantil, en la segunda fórmula, significa un incremento en la magnitud del valor, Marx debe introducir la noción de "fuerza de trabajo" (Marx, 2021, p. 203) como una particular mercancía que genera plusvalor. Pero esto mismo implica ciertos cambios en las condiciones de transacción mercantil. Pues la compra y venta de fuerza de trabajo supone una gran desigualdad de fondo. De un lado, unos pocos propietarios de los medios de producción tienen suficiente dinero para pagar salarios y, del otro, la gran mayoría de la población se encuentra despojada de medios directos de subsistencia y obligados a reclutarse como asalariados. La situación contractual se ve sustantivamente alterada.

Con todo, las condiciones mercantiles no desaparecen del todo porque el capitalista debe comprar fuerza de trabajo en los términos que establece el mercado. Por caso, no puede disponer a su libre arbitrio del trabajador, debe cumplir con su parte de pagar en tiempo y forma y hacer uso de la fuerza de trabajo bajo esas restricciones. A su vez, las leyes de equivalencia inherentes a la circulación mercantil, según Marx, forzosamente se infringen, en tanto el salario recibido por el obrero debe ser menor al valor generado por su fuerza de trabajo. Y los términos del contrato, sin dudas son estructuralmente desparejos: el trabajador busca sobrevivir, el capitalista necesita reinvertir (Marx, 2021, pp. 203-214).

En consecuencia, el mercado moderno constituye la condición de posibilidad de realización del capital, a la vez que es transgredido. Pero no es necesario entenderse como una relación dialéctica, en el cual el mercado se reduciría a ser apenas una instancia preliminar superada a través de la *auf-*

9 Por ejemplo, la crisis por sobreproducción no podría ser explicada bajo la lógica del mercado y la predominancia de los valores de uso; sino por la necesidad incesante y ciega del capital de producir sin sujetarse a las necesidades sociales. Ello se puede ver claramente en la discusión con la teoría de la acumulación ricardiana (Marx, 1980, pp. 541-574).

heben hegeliana por el capital[10]. Si bien el mercado permanece como un paso conceptual más en el despliegue marxiano del capital, proporciona al mismo tiempo los criterios evaluadores para identificar la injusticia fundante del capital. Pues Marx descubre el milagro del plusvalor como trabajo extra que lleva a cabo el obrero sin ser debidamente recompensado, teniendo como trasfondo lo que ocurriría en cualquier transacción mercantil normal.

Tampoco parece convincente la completa identificación del mercado con la circulación de mercancías puesta en primer plano, con la misión ideológica de enmascarar la explotación que sucedería, por contraste, en los talleres ocultos de la producción, según la expresión de Nancy Fraser (2020). Pues la explotación capitalista sucede en el mercado, no fuera de él: la compra y venta de fuerza de trabajo es también un acontecimiento dentro de la circulación de las mercancías. De lo contrario, permanecería una cuestionable contraposición entre circulación y producción de mercancías, al reducir al mercado a mera ideología.

Sin embargo, la pregunta por el mercado persiste. No resulta del todo satisfactorio admitir que el mercado puede ser una idea y un criterio de evaluación que convive contradictoriamente con el funcionamiento pleno del capital. Su contenido parece muy limitado y abstracto. Por eso, será de vital importancia apelar a estudios históricos capaces de trasladarnos al terreno concreto donde los conceptos de mercado y capital adquieren formas más tangibles y podemos juzgar los alcances heurísticos de esta delimitación conceptual.

IV. Mercado y capital desde un enfoque histórico

Pues bien, aquí nos limitaremos a presentar algunos aportes de carácter historiográfico derivados de las investigaciones y reflexiones de Fernand Braudel (1984a; 1984b), Immanuel Wallerstein (1999) y Giovanni Arrighi (1999). Justamente, invocando el pensamiento de Marx, en una versión denominada como "circulacionista" (Wallerstein, 1999, p. 175), nos proporcionarán elementos empírico-históricos muy útiles para enriquecer nuestra apreciación del mercado más allá de los distintos reduccionismos y asociaciones automáticas con el capital.

En primer lugar, el interés de estos autores apunta hacia la determinación del capitalismo como un fenómeno histórico que exige una escala de análisis temporal y espacial más amplia de lo habitual. Esto es, la perspectiva de larga duración y la reconstrucción de ciclos permitirá ahondar en su capacidad adaptiva, su increíble flexibilidad y eclecticismo (Wallerstein, 1999).

No se pretende ir en contra de Marx; todo lo contrario, se reafirma la consabida fórmula D-M-D`. En todo caso, se reinterpreta y amplia: la D (dinero) significa liquidez, flexibilidad y libertad de movimiento y elección y, en contraste, la M (mercancía) alude a las concreciones, la rigidez y el cierre de opciones. Por lo demás, la D expresa el capital en su forma más plena como liquidez y capacidad de transformación constante[11].

Reinterpretada en términos de ciclos históricos de larga duración, la fórmula puede entenderse organizada en dos instancias: primero, el par D-M como proceso de expansión material donde se

10 Así lo han señalado autores como Bidet (1993) y Castoriadis (2006).

11 Arrighi efectúa la formulación que estaría presente de manera implícita ya en el análisis de Braudel.

pone en movimiento una creciente masa de mercancías incluyendo la fuerza de trabajo y los recursos materiales a través del dinero obrando como capital. A ello le sigue el paso M-D` de expansión financiera, pues el dinero comienza a valorizarse cada vez más en detrimento de las demás mercancías y, por lo tanto, dirigirse más hacia las inversiones financieras hasta el estallido de la crisis —en primer lugar, productiva, luego financiera— que completa lo que Arrighi denomina el ciclo sistémico de acumulación. Estos autores han podido identificar en total cuatro grandes ciclos sistémicos de acumulación mundial, cuyo epicentro se ha ido desplazando desde la Génova del siglo XV hacia la Ámsterdam del siglo XVII, luego Londres durante el XIX y Nueva York en el siglo XX hasta la actualidad (Arrighi, 1999, pp. 13-19).

Si el capital se sintetiza en la expresión D-M-D`, no necesariamente se caracteriza por ser industrial, agrario o financiero, sino en la capacidad de reproducirse sistemática y persistentemente a sí mismo como dinero, más allá de las concreciones que adopte en cada caso. En ese sentido, aparece en primer plano la flexibilidad y la capacidad de traslación desde los sectores de menos rendimientos a aquellos más rentables.

Esta comprensión del capitalismo supone pensar a los propios capitalistas de una manera no frecuente entre los marxistas. Esto es, no hay en sentido estricto capitalistas industriales diferenciados rígidamente del sector financiero o agrario. Tampoco es válida del todo la sucesión de etapas entre la libre competencia, el monopolio, el imperialismo y el predominio de las financias. Si nos remontamos, por ejemplo, a las grandes ciudades del norte italiano en el Renacimiento, por ejemplo, encontraremos cantidades ingentes de reventas y especulaciones con letras de cambios que financian expediciones imperiales en el comercio con el extremo oriente, etc. Esto es, un grupo reducido de capitalistas que convenientemente transforman su actividad según ciclos de expansión y retracción del comercio ultramarino. Hallaremos también acuerdos con los estados, con los gobernantes en el control de precios y demás regulaciones. La profusa investigación pionera de Fernand Braudel (1984a; 1984b) plasmada en los tres tomos de *Civilización material, economía y capitalismo desde el siglo XV al XVIII* nos proporciona un vasto material de análisis que desbarata cualquier taxonomía corriente de la historia de la economía mundial.

En particular, Braudel nos conduce hacia una reinterpretación bastante audaz del capitalismo como tal. Como ha dicho Wallerstein (1999), Braudel se ha atrevido a invertir las categorías clásicas del análisis del capitalismo, ofreciendo una contraposición entre mercado y capital, a contracorriente no solo del marxismo clásico y dominante, sino también de las posturas liberales que defienden el "libre mercado".

En ese sentido, Braudel se ve en la necesidad de pensar a la sociedad capitalista que emerge ya en el siglo XV conformada en tres estratos económicos: la vida material, el mercado y el capital. La vida material alude a la supervivencia cotidiana en la organización familiar más elemental que constituye el lado siempre opaco a los registros contables y las mediciones estadísticas. En el otro extremo de la vida social, se ubican los capitalistas, ese grupo reducido de personas dedicados a las finanzas, inversiones y todas las grandes oportunidades de negocio que requiere el trato asiduo con encumbradas autoridades estatales, líderes políticos, personalidades notables, viajes permanentes por el mundo, estilo de vida suntuoso y cosmopolita, etc.

Su posición natural son las altas esferas de la política, de la guerra, de la diplomacia internacional, de la economía global. La clase capitalista siempre ha estado vinculada al poder y a la conformación

de imperios políticos para desplegar la actividad industrial, el comercio, el desarrollo agrícola y cualquier tipo de tráfico a gran escala. Esto acontecía ya en las ciudades del norte de Italia desde el siglo XIII, uniendo extensas regiones como América, el Levante, Insulindia y China.

En síntesis, los capitalistas son particularmente no especialistas que viven a escala global, siempre con la mirada puesta hacia los movimientos complejos de las grandes financias, los comportamientos financieros para capturar las oportunidades de ganancias extraordinarias, aunque ello implique la posibilidad de evadir impuestos o redireccionar las inversiones hacia regiones más convenientes y hacer tratos ilegales. Como se ha dicho anteriormente, su poder reside en la capacidad permanente de autotransformación y traslado. Desde luego que también constituye una zona opaca para los controles oficiales; el cálculo de las grandes fortunas suele ser estimativo, las propiedades de los grupos económicos importantes nunca pueden ser establecidas con precisión, pues justamente pueden eludir los controles en búsqueda de menos gravámenes.

Por eso, lo habitual es la conformación de monopolios o grandes acuerdos para hacer negocios en alguna rama de la economía, con algún sector en específico, con gobernantes o naciones enteras, para mantener también ciertos privilegios en las innovaciones tecnológicas y en la adquisición de insumos a bajo costo. En gran medida, todo ello justifica hablar del capital como un "sistema de contramercado" (Wallerstein, 1999, p. 223), que suele cercenar la competencia equitativa, la igualdad de oportunidades y la lealtad comercial.

En cambio, el mercado transcurre en ámbito, por así decirlo, de lo local o regional. Se hace referencia a la producción y el consumo a nivel pequeño o mediano; sus protagonistas suelen estar dedicados justamente a un oficio o especialidad productiva específica que pone en juego hasta su propia identidad: ser carnicero, labrador, carpintero, fabricante de alimentos u otro oficio. Los intercambios mismos promueven o refuerzan la división de tareas y funciones en las escalas de consumo y producción más pequeñas. Las actividades aparecen en los registros estatales y suelen ser objetos fáciles de cargas impositivas. En el mercado no hay movilidad a grandes distancias; aun cuando se llevaran a cabo, requiere grandes costos y pérdidas y suelen ser forzadas en situaciones excepcionales de guerras u otros conflictos. La competencia se da entre pares en su mismo rubro; los clientes no son cautivos, hay que ganárselos; necesariamente el trato es más horizontal y menos jerarquizado.

A su vez, el mercado supone un conjunto de actividades humanas que hacen a la reproducción social, al sostenimiento de la vida familiar y a la cotidianidad en un amplio sentido. Es una práctica económica que acontece a la luz de todos; su ámbito natural es la vida pública. Refiere a la calle, a las ferias, al trato con personas fuera del círculo familiar y de las jerarquías sociales. Braudel (1984a) afirma que:

> Incluso en un estadio elemental, el mercado es el lugar de elección de la oferta y la demanda, del recurso al otro, y sin él no existiría la economía en el uso normal de la palabra, sino solamente una vida «encerrada» (en inglés dice *enbedded*) en la autosuficiencia o en la no-economía. El mercado viene a ser una liberación, una apertura, el acceso a otro mundo. Es vivir de puertas hacia afuera. (p.6)

En el mercado la experiencia es compartida, dan lugar a las prácticas abiertas y conscientes que permiten ganancias exiguas pero constantes, forjando hábitos regulares. La competencia existe y

es abierta; las actividades son asentadas en los libros contables, desenvolviéndose en un territorio delimitado. Se trata de una apertura hacia el otro concreto en un trato personal envuelto en tradiciones en común; el vínculo no es sólo a través de reglas jurídicas formales sino también normas informales, códigos implícitos cimentados por el trato habitual.

Por el contrario, los negocios a gran escala suelen ser pactos entre extraños para obtener ganancias extraordinarias; aunque obviamente incluyen también grandes riesgos y situaciones de rapiña. En especial, es el mundo de la alta sofisticación y complejidad, las grandes distancias, las apuestas a largo plazo, las circunstancias inhabituales, etc. Aquí es fundamental la existencia de actores privilegiados, las fuertes jerarquías, un espacio para pocos donde permanentemente se busca desplazar a la competencia en juegos de poder, tráfico de influencias, manipulaciones para llevar el control, intrigas cortesanas, etc. El intercambio es tan desigual y forzado que pierde sentido hablar de oferta y demanda en condiciones de paridad.

Por consiguiente, hay una especie de enfrentamiento, a veces de manera más larvada, otras de forma más abierta, entre mercado y capital. Una relación que también debería entenderse como de puja por el control de la producción, el consumo y el establecimiento de los precios, las cargas impositivas y demás variables económicas. Desde luego, el gran capital suele tener en sus manos los resortes fundamentales de la economía y mantener así una vinculación parasitaria con el mercado.

Sin dudas, el presente tratamiento requiere ser ahondado en varias direcciones: hasta qué punto este planteo desdibuja los conflictos sociales estructurados en torno a las clases poseedoras de los medios de producción y aquellas expoliadas, según un punto de vista marxista más ortodoxo y en qué medida no implica una idealización exacerbada de los mercados.

V. El mercado desde un enfoque normativo y cultural

No obstante, nuestro recorrido permite ya advertir que la noción de mercado alude a algo más que a un mecanismo neutral y desubjetivado de reproducción material. Indudablemente, refiere a prácticas humanas y a marcos institucionales que no escapan a las valoraciones normativas y a los condicionamientos de la vida social e histórica. Tal corolario la podríamos obtener desde el tratamiento que el propio Polanyi le otorga a la cuestión.

Sin embargo, la crucial diferenciación entre mercado y capital, no contemplada sistemáticamente por Polanyi, nos conduciría, más allá de este gran historiador húngaro, a pensar al mercado mismo como fuente específica de normatividad social. Eso es lo que ha propuesto el destacado pensador alemán Axel Honneth (2014), representante contemporáneo de la denominada teoría crítica de la Escuela de Frankfort, inspirado en una lectura renovada de la llamada Filosofía del Derecho de Hegel.

Su propuesta teórica, plasmada principalmente en el libro *El Derecho a la libertad* (2014), indaga en la vida social comprendida como encarnación viva de valores, normas e ideales éticos, de manera que las aspiraciones emancipatorias y los potenciales evolutivos se sepan inmanentes a las propias condiciones de reproducción social, aun cuando sus realizaciones suelen darse de manera defectuosa y son objetos de obstáculos y bloqueos sistemáticos derivados de las mismas formaciones sociales. Se trata de no aislar ni desacoplar los problemas ético-políticos de sus condiciones sociohistóricas, ni entender a la sociedad como una instancia secundaria de aplicación. Así, Honneth (2014) propone

una filosofía social que lleve a cabo una "reconstrucción normativa" (p. 19) capaz de desenmarañar y descifrar, en una realidad social colmada de contradicciones, paradojas y conflictos, los componentes normativos potencialmente emancipatorios que operan al mismo tiempo como principios subyacentes del funcionamiento de la sociedad como un todo[12].

Honneth se adjudica la tarea de pensar cómo se legitima el orden moral de la sociedad actual; esto es, se pregunta qué se considera justo e injusto en la construcción de determinadas instituciones sociales y formas de orientar las prácticas cotidianas. A su vez, determinar bajo qué principios de justicia se organiza la vida moderna implicará, siguiendo la estela hegeliana, reconstruir la idea de libertad. Desde luego, en la contemporaneidad, no se trata de buscar el fundamento unificador y cohesionador de la totalidad social, pues se presupone una sociedad descentrada, altamente diferenciada, diversificada, gestionada por formas de organización hipercomplejas.

En cualquier caso, Honneth (2014) arriba al mercado moderno como ámbito de realización institucional de la libertad social (p. 232). Entender el significado moral del mercado significa desplegar la noción de libertad social, concebida en la división tripartita, también de claras resonancias hegelianas, que integra junto con la idea de libertad negativa y reflexiva.

El carácter social de la libertad que Honneth atribuye al mercado, significa en primer lugar superar cierto individualismo expresado no sólo en el concepto de libertad negativa como ausencia de impedimentos externos a los impulsos egocéntricos, sino también en la búsqueda de la autonomía individual orientado por intenciones o mandatos internos, según la concepción reflexiva de la libertad. Por supuesto, en ambos casos se reconocen condiciones sociales que harán posible el ejercicio de la libertad, pero no se los logra identificar como parte constitutiva del ser libre, sino que permanecen como factores externos (Honneth, 2014, pp. 36-63). Hay un afuera y un adentro claramente delimitado entre la realidad social y el individuo; un dualismo que el concepto de libertad social quiere dejar atrás, pero ¿cómo?

Pues para el caso de la libertad social se revela una forma peculiar de interdependencia, en donde las realizaciones de los fines de cada individuo se torna condición para el cumplimiento de los propósitos de los demás. En ese sentido, se postula una complementación y lazos de cooperación que implican el actuar en común no sólo para ponerse de acuerdo y alcanzar objetivos compartidos, sino para realizar los fines individuales. Tampoco se trata de satisfacer los intereses egoístas y así lograr automáticamente un beneficio general, a la manera de la "mano invisible" atribuida a Adam Smith[13]. De alguna manera, Honneth (2014), retorna a la noción de reconocimiento recíproco para señalar un tipo de interdependencia célebremente condensada en la frase hegeliana "estar consigo mismo en el otro" (p. 68) sin que implique una fusión o desaparición de lo individual en la totalidad social.

Así, el mercado, en tanto esfera institucional socialmente diferenciada, se erige como el ámbito y el tipo de prácticas que mejor encarna este tipo de libertad, superior al amor romántico que exige fusión y exclusividad entre los individuos y no una ampliación intersubjetiva. En el mercado, las personas se vinculan entre sí para expandirse, advierten la dependencia mutua para lograr los ob-

12 Aunque no resulta del todo claro, incluso para el propio Adam Smith, que la expresión "mano invisible" pueda adquirir el estatuto de una explicación científica relevante de los fenómenos económicos en el mercado moderno (Indavera Stieben, 2018).

13 Aunque no resulta del todo claro, incluso para el propio Adam Smith, que la expresión "mano invisible" pueda adquirir el estatuto de una explicación científica relevante de los fenómenos económicos en el mercado moderno (Indavera Stieben, 2018).

jetivos individuales y, de alguna manera, se encuentran consigo mismo en el otro. Las condiciones sociales objetivas de las prácticas no son externas a ellas; en un vínculo circular, se constituyen en el lugar y fundamento de la libertad (Honneth, 2014, pp. 64-90).

En consecuencia y, contra lo que habitualmente se cree, el mercado no es lugar en donde, por excelencia, se despliega la libertad negativa, conminando a los individuos a enfrentarse entre sí, con un saldo de vencedores y perdedores y donde las ganancias de algunos impliquen pérdidas para otros. Tampoco se asocia fundamentalmente con la autonomía personal en un entorno de atomización creciente, tal como se presupone en una noción reflexiva de la libertad.

Asimismo, la idea del mercado como una esfera de la libertad social implica interpretar el fenómeno del surgimiento del capitalismo bajo circunstancias que requieran reglas de acción no contractuales y una conciencia de solidaridad en común, la confianza mutua, la cooperación, el respeto y todos aquellos requisitos institucionales por el estilo que hacen posible incluso el comportamiento egocéntrico entre individuos que pondrían en marcha el proceso de valorización del capital.

Si tomamos en serio los principios normativos del mercado, los conflictos que se suscitan al interior de la economía capitalista deben entenderse también como disputas morales, donde el sentido de lo justo, lo solidario y la legitimidad social de las acciones ocupan un rol fundamental.

Por lo tanto, la crítica a una economía injusta no residiría fundamentalmente en ponerle límites a un comportamiento de despliegue de libertad negativa, sino en expandir la libertad social implicada en el propio mercado. En este punto, Honneth (2014) se inspira en Hegel pero también en Durkheim, con sus respectivas propuestas de las corporaciones y los grupos de profesionales, con el propósito de desplegar mecanismos discursivos que potencien los principios cooperativos subyacentes en cada práctica mercantil (pp. 239-262).

No obstante, no podemos desconocer las severas críticas que ha recibido Honneth, en su ponderación decididamente benévola del mercado moderno, exagerando quizás su dimensión moral y minimizando, al menos implícitamente, su capacidad fáctica de destrucción y alienación social (Moreno Pestaña y Romero Cuevas, 2022).

Frente a ello, Honneth ensaya una respuesta en un siguiente libro más breve denominado *La idea del socialismo* (2017), que lo fuerza a reconsiderar las nociones de libertad social y mercado como incompatibles con el régimen económico capitalista. Entonces, se ve obligado a reconocer un vínculo más estrecho entre mercado, democracia y socialismo. De esa manera, esta visión normativa del mercado configura entonces las situaciones de explotación y de subsunción al capital como desafíos y déficit de promesas normativas incumplidas que no se pueden hacer visibles ni superables adoptando una postura instrumental y valorativamente neutral. Entonces, la crítica a la economía política de Marx se inscribe en el mismo horizonte de Hegel y Durkheim[14].

Aunque Honneth no ha sido el único ni el primero en enfatizar la necesidad de considerar los aspectos normativos en las prácticas económicas del mundo moderno. Fue justamente el célebre historiador marxista Edward P. Thompson (1995) quien acuñó la expresión "economía moral" en sus análisis de los procesos de transformación de la clase obrera durante el siglo XIX en Inglaterra. Thompson (1995) lo ha pensado como un "campo de fuerzas" (p. 386) en donde la antigua economía

14 Aunque el propio Honneth (2017; 2018) se considera posmarxista, atribuyendo a Marx una visión todavía presa de presupuestos evolucionistas e industrialistas que una nueva visión del socialismo debe depurar.

paternalista, el derecho comunal, las normas consuetudinarias y las viejas costumbres tensionan frente al avance del "libre mercado", las nuevas leyes parlamentarias, el cercamiento de las tierras y el avance de la industria.

En ese campo de fuerzas, vamos a destacar algunas observaciones de Thompson acerca de los, así llamados, motines de subsistencia llevado a cabo por grupos sociales pertenecientes a distintos oficios y actividades que fueron desplazados en las transformaciones productivas del nuevo capitalismo inglés.

En principio, nos resulta interesante el esfuerzo de Thompson por desmontar esas imágenes que las historias convencionales —aún marxistas— han elaborado de esas prácticas tenidas como esporádicas, espasmódicas, impulsadas por el hambre o el afán irracional de sostener viejas formas de dominio ya caducas.

Lejos de ello, para Thompson los motines constituyeron un conjunto de acciones llevadas a cabo de manera muy organizada, consistían en protestas y reclamos de alimentos u otro tipo de objeto de necesidad para una gran parte de la población. Si bien eran considerados ilegales desde el punto de vista jurídico formal, por momento hubo una gran tolerancia. Incluso, en muchas ocasiones resultaba funcional al equilibrio de una fase de transición hacia los procesos de modernización de la economía en algunas regiones.

Los motines eran actividades colectivas que suponían un consenso importante acerca de los objetivos que se proponían; aun acerca de las restricciones autoimpuestas, la invocación de normas y autoridades[15]. Requerían algo así como un protocolo, generando una especie de "desorden ordenado" (Thompson, 1995, p. 327) más allá del cual, cualquier desavenencia no coordinada se consideraba un robo.

Si bien fueron un acontecimiento típico de la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII, hay registros de eventos similares en otros rincones del planeta, como en algunas regiones de China y la India del siglo XIX en procesos de transición hacia una transformación modernizadora de la economía. Por cierto, aclara Thomson, no se está en condiciones de hablar de una conducta universal, pues justamente frente a situaciones de crisis y escasez, no siempre se ha reaccionado de igual manera; pues también hay vestigios de otras posibilidades de conductas como la inmovilidad y paralización.

Si abandonamos los relatos oficiales y las anteojeras economicistas, los motines se pueden pensar como prácticas imbuidas de principios normativos bastante sensatos. Los amotinados buscaban priorizar ciertas necesidades básicas que hacen a la supervivencia de la población ante el derecho absoluto a la propiedad y el afán de lucro desmedido. Frases como "el grano debe consumirse en el lugar donde se cultiva" (Thompson, 1995, p. 331), en lugar de exportarse a otras regiones para la ganancia de unos pocos propietarios, ejemplifican esta dimensión moral.

Considerados como estrategias colectivas alternativas de supervivencia, los motines han constituido repuestas razonables ante situaciones de escasez o crisis. Han tenido cierta efectividad aun desde el punto de vista demográfico; han evitado hambrunas y grandes calamidades sociales. Al contrario de los relatos de las clases dominantes sobre el asunto, los motines no constituían graves amenazas a la dislocación social, incluso lo evitaban. De alguna manera, canalizaban los conflictos,

15 Otro aspecto muy interesante para pensar es el rol muy activo que tenían las mujeres en los motines.

sostenían un cierto equilibrio y aportaban a la paz social, moderando el apetito de beneficio de las burguesías crecientes.

En verdad, la economía moral que envolvían a los motines de subsistencias no lo situaban por fuera del mercado, sino que consistía en un aspecto indispensable de él. Quizás sea su lado más opaco —para las mentalidades economicistas— por pertenecer a lo más elemental y plebeyo, pero tenía efectos globales importantes en la fijación de los precios. Al menos, en cierta canasta de productos indispensables, significaban una presión tanto para los grandes comerciantes como para las autoridades que debían muchas veces intervenir y regular armónicamente los intereses contrapuestos. Bien lo señala Thompson, el conflicto económico, era también político y moral: se acusaba a los motines de injerencia violenta contra los precios, pero también se hablaba de una justicia atropellada por el afán de lucro de una minoría de grandes productores.

Es importante considerar también que no se trataba de la mera persistencia cada vez más débil y defectuosa de un pasado de prácticas económicas anquilosadas condenadas a desaparecer. Es cierto que se solía invocar las viejas costumbres e incluso la autoridad de reyes y nobles, pero en gran medida esa legitimidad se fue desgastando y los reclamos no pretendían una restitución de la economía tradicional.

Por lo pronto, los motines también se constituyeron en prácticas abiertas, necesariamente públicas y visibles para todos; han ganado incluso una significación festiva, efusiva y variopinta. Alcanzó a convertirse en un lugar importante de socialización. En cambio, el llamado libre mercado promovía la integración de los grandes productores a otras regiones del mundo a través de la exportación, vendiendo insumos primarios a precios más caros. En gran medida llevado a cabo a espaldas del conjunto de la población, el llamado libre mercado era mucho más elitista y privatista.

Sin dudas, estamos frente a un proceso de transformación económica o transición hacia el capitalismo que no puede entenderse estrictamente como el cambio de un modo antiguo moralizado de producción por otro moderno, desmoralizado. Al contrario, las transformaciones dan lugar a nuevos reclamos y conflictos, bajo condiciones normativas modificadas. A tal punto que acaso conviene hablar mejor de una cultura del mercado, entendida como un específico conjunto de prácticas, instituciones, valores e ideales compartidos.

Tal expresión la podemos recuperar de la antropóloga contemporánea, Susana Narotzky (2004) no para reemplazar la idea de un sistema de mercado, sino para mostrar que en el marco del desarrollo del sistema económico capitalista, las formas de incrustación sociales no desaparecen o no quedan como un mero residuo del pasado, sino que se recrean en nuevas condiciones sin una significación univoca, entre contradicciones y paradojas: el rechazo del obrero a perder el control sobre su fuerza de trabajo, la defensa de sus habilidades personales y la calidad de su trabajo frente al impuso de producción en serie; los usos de las relaciones familiares precontractuales para favorecer al empresario, la apelación a argumentos paternalistas para armonizar las relaciones entre obrero y empresario, la pretensión de una paga justa, el nuevo lenguaje de los sindicatos, etc.

Ciertamente, no se trata de un planteo culturalista o idealista, sino de entender cómo las transformaciones materiales son a la vez culturales. El avance del mercado capitalista no deja como saldo un vaciamiento de la cultura, como ha indicado Polanyi, sino una recreación conflictiva impulsadas por las nuevas condiciones. La cultura del mercado no es unívoca, pero se forja al calor del mismo

proceso de lucha; incluso con capacidad de generar nuevos vínculos sociales o que pueden ir a contrapelo de la lógica del capital.

VI. Reflexiones finales y persistencias de los interrogantes acerca del mercado y su racionalidad

Hemos llevado a cabo algunas aproximaciones a distintos autores, desde distintos ángulos de análisis, perspectivas teóricas y trayectoria disciplinar para hablar acerca del mercado. Nuestro propósito es retomar la discusión conceptual y reconocer los aportes más interesantes que permitan desnaturalizar la identificación automática del mercado con el capital como modo de producción económica específica, para repensar también los posibles vínculos entre ambos términos.

Para Marx la fórmula M-D-M representa al mercado en cuanto intercambio de mercancías equivalentes en igualdad de condiciones orientado a satisfacer mutuamente las necesidades. En términos estrictos no hay generación de plusvalor. En cambio, como hemos ya visto, la conceptualización del capital como lógica de autovalorización en la fórmula D-M-D' significa al mismo tiempo seguir las reglas mercantiles, pero violar algunas de sus condiciones básicas, como la igualdad y la libertad. En todo caso, se puede hablar de un mercado capitalista cuyas condiciones esenciales han sido parcialmente trastocadas.

En ese sentido, las referencias historiográficas de Braudel y Wallerstein incluida en este trabajo acentúan los rasgos contradictorios del mercado frente al capital. Pues el mercado aparece como una práctica económica local o regional; abierta a las relaciones horizontales, orientada hacia la manutención individual y familiar, formando parte de la cotidianeidad de la vida en los ciudades y aldeas. Por el contrario, el capital se encarna en negocios monopólicos a gran escala con ganancias extraordinarias, ligados al trato elitista, suntuoso e intrigante que sucede frecuentemente en las altas esferas políticas, a espaldas de la mayoría de la población.

Sin dudas, es importante pensar al mercado en términos culturales y normativos, como un ámbito donde intervienen distintos actores sociales y hacen valer sus pretensiones no sólo económicas (en el estrecho sentido formalista que criticara Polanyi) sino también identitarias y morales; allí tienen lugar los conflictos, pero también las actitudes cooperativas y la conciencia de esa interdependencia que Axel Honneth asoció con la idea de libertad social. El tratamiento que el historiador británico Edward Thompson realiza sobre los motines de subsistencia del siglo XVIII nos parece un caso paradigmático de cómo los aspectos morales no constituyen un mero resabio irracional del pasado premoderno sino una situación mercantil ineludible que acompañará y convivirá conflictivamente con las nuevas condiciones de configuración de la economía capitalista.

Por lo demás, nuestra noción de mercado se aleja ostensiblemente de la versión convencional como ámbito de despliegue de la libertad negativa y de la racionalidad egocéntrica e instrumental desprovista de valores con efectos socioculturales exclusivamente destructivos. La aguda crítica que Polanyi lleva a cabo no logra, sin embargo, a nuestro juicio, escapar de esas presunciones. A nuestro entender, la insuficiente distinción entre mercado y capital no le permite reconocer aspectos normativos y socializantes en las propias prácticas de mercado que pudieran ir incluso en contra de la lógica del capital.

Antes de declamar la necesidad de *desmercantilizar*, siguiendo a Polanyi, los grandes pilares del sustento moderno, la fuerza de trabajo, el dinero y la naturaleza, conviene reflexionar acerca de lo que significa el mercado cuando hacemos ese tipo de afirmaciones: ¿acaso no estamos allí suponiendo más bien una intrusión del capitalismo y no del mercado como tal? En todo caso, estaríamos hablando de una versión capitalista del mercado que no hace completamente justicia a las pretensiones y posible despliegue crítico y emancipador que la propia idea de mercado pueda contener.

Desde Marx, está claro que conviene diferenciar mercado de capital, pero también es ineludible admitir que existe acumulación capitalista a partir de una base mercantil. En cierta medida, se trata de un mercado que adopta la forma capitalista. Aunque si así fuera, ya no sería un mercado propiamente dicho, según su concepto. O bien, puede ser pensado como una institución configurada bajo una normatividad social y en condiciones culturales que se vinculan conflictivamente con la lógica del capital y, aun así, conviven.

Un punto de partida auspicioso es indagar acerca de la racionalidad mercantil, cuestionando hasta qué punto se la ha reducido indebidamente a los modelos de comportamientos económicos formalistas. Hemos realizado un recorrido suficiente como para sospechar al menos que la noción misma de mercado se puede ligar con otras formas de racionalidad no vinculadas con el cálculo de ganancia o con la reproducción del capital. Aquí es fundamental el recurso a los abordajes interdisciplinarios; en particular, los enfoques antropológicos, la reflexión ética y las contribuciones de la historia económica y social.

No obstante, las preguntas persisten y las objeciones seguramente serán numerosas. Por caso, si hablamos desde un punto de vista marxista del carácter fetichista de la mercancía y privado de la producción, el rol de la competencia y los mecanismos impersonales de organización del trabajo. Es necesario continuar pensando qué rasgos se pueden adjudicar al mercado como tal y qué otros son en verdad propios de la lógica del capital, si es que vale la pena sostener esa demarcación.

En fin, con este presente artículo pretendemos iniciar o retomar una discusión acerca del mercado y las racionalidades que legítimamente se les pueden atribuir; en cierta medida, debatir más ampliamente acerca de una posible agenda de investigación en las humanidades y ciencias sociales que aporte a la clarificación conceptual, animado por un interés crítico.

Información del autor

Profesor Titular de Epistemología en la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER) y adjunto de Epistemología en la Universidad Autónoma de Entre Ríos. Doctor en Ciencias Sociales (UNER). Principales líneas de investigación: Epistemología de las Ciencias Sociales, Teoría Crítica, en especial la obra de Jürgen Habermas y Axel Honneth y su articulación con el marxismo.

Datos de financiación del artículo

El autor declara que no recibió financiación para este artículo.

Implicaciones éticas

El autor no tiene ningún tipo de implicación ética que se deba declarar en la escritura y publicación de este artículo.

Declaración de conflicto de interés

El autor declara que no tiene ningún conflicto de interés en la escritura o publicación de este artículo.

Contribuciones del autor

Escritura (preparación del borrador original), redacción (revisión y edición).

Declaración de uso de inteligencia artificial:

El autor declara que no utilizó ningún programa o aplicación de inteligencia artificial.

Referencias bibliográficas

Adorno, Th. y Horkheimer, M. (1998). *Dialéctica de la Ilustración*. Trotta.

Arrighi, G. (1999). *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época.* Akal.

Bidet, J. (1993). *Teoría de la modernidad. Marx y el mercado*. Ediciones El Cielo por asalto.

Braudel, F. (1984a). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV y XVIII* (Tomo II)*. Los juegos del intercambio*. Alianza Editorial.

Braudel, F. (1984b). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV y XVIII* (Tomo III)*. El tiempo del mundo*. Alianza Editorial

Castoriadis, C. (2006). *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1997)*. Katz.

Concha, E. (2026). Dinero, trabajo y naturaleza como mercancías ficticias: financiarización y crisis múltiples en América Latina desde Polanyi. *Ola financiera, 19*(54), 149-178. https://doi.org/10.22201/fe.18701442e.2026.54.96004

Coraggio, J. l. (Ed.), (2012). Karl Polanyi y la otra economía en América Latina. En K. Polanyi, *Textos Escogidos* (pp. 47-78). Universidad Nacional de General Sarmiento, CLACSO.

Dale, G. (2010). *The Limits of the Market*. Polity.

De Castro, C., y Pedreño, A. (2012). La Gran Restauración: sociología económica de la crisis global y actualidad de la crítica de Karl Polanyi al liberalismo económico. *Áreas. Revista Internacional De Ciencias Sociales*, (31), 5–7.

Esping-Andersen, G. (1993). *Los tres mundos del Estado del bienestar*. Edicions Alfons El Magnanim.

Fernández Liria, C. y Alegre Zahonero, L. (2010). *El orden de El Capital*. Akal.

Fernández Liria, C. y Alegre Zahonero, L. (2012). Marx y Polanyi. La posibilidad de un diálogo. Áreas. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, (31), 55-64.

Fernández Liria, C. y Alegre Zahonero, L. (2018). *Marx desde cero…para el mundo que viene*. Akal.

Fraiman, J. (2022). Dualismo social y condiciones normativas en la teoría del valor de Karl Marx. Diálogo posible con la Teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas. *Ética y Discurso, 7,* 1-40.

Fraser, N. (2012). Reflexiones en torno a Polanyi y la actual crisis capitalista. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, (118), 13-28.

Fraser, N. (2020) *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Traficantes de sueños.

Fuentes Ortega, J. (2010, octubre). *Frente a Marx y la Ilustración: el sentido comunitario y personalista de la crítica de Karl Polanyi a la sociedad de mercado y a sus alternativas totalitarias* [Conferencia]. Sesión de Trabajo Grupo Investigación sobre la Obra de Karl Polanyi FF12009-12402, Ministerio de Ciencia e Innovación, Madrid, España.

Hernández, M. P. (2026). Feminismo y doble movimiento en el capitalismo financiarizado: resistencia frente a la mercantilización de los cuidados. *Ola financiera, 19*(54), 179-200. https://doi.org/10.22201/fe.18701442e.2026.54.96006

Herzog, L. (2013a). *Inventing the market. Smith, Hegel and political theory*. Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199674176.001.0001

Herzog, L. (2013b). Einleitung: Die Verteidigung des Marktes von 18.jahrhundert bis zur Gegenwart. En Herzog, L. y Honneth, A. (Eds.), *Der Wert des Marktes. Ein ökonomisch- philosophischer Diskur vom 18. Jahrhundert bis zur Gegenwart* (pp.13-27). Suhrkamp Verlag.

Hodgson, G. M. (2007). *Economía institucional y evolutiva contemporánea.* Universidad Autónoma Metropolitana Clacso.

Honneth, A. (2014). *El derecho de la libertad. Esbozo de una eticidad democrática.* Katz.

Honneth, A. (2017). *La idea del socialismo. Una tentativa de actualización*. Katz.

Honneth, A. (2018). ¿Economía o sociedad? Grandezas y límites de la teoría de Marx sobre el capitalismo. *Argumenta Philosophica,* (2), 7-33.

Indavera Stieben, L. G. (2018). La expresión “mano invisible” como no explicativa. *Praxis Filosófica,* (46), 111-123. https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i46.6153

Laville, J. L. (Ed.), (2012). Actualidad de Karl Polanyi. En K. Polanyi, *Textos Escogidos* (pp. 13-20). Universidad Nacional de General Sarmiento, CLACSO.

Marx, K. (1980). *Teorías sobre la plusvalía II. Tomo IV de El Capital*. Fondo de Cultura Económica.

Marx, K. (2021). *El capital.* (Tomo 1/Vol.1 Libro primero. El proceso de producción del capital). Siglo XXI.

Maucourant, J. (2006). *Descubrir a Polanyi*. Edicions Bellaterra.

Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas.* Katz. https://doi.org/10.2307/j.ctvm7bd0m

Maya Ambía, C. J. (2014). Actualidad de la crítica de Karl Polanyi a la sociedad de mercado. *Política Y Cultura*, (41), 143–166.

Mendell, M., y Salée, D. (Eds.) (1991). *The Legacy of Karl Polanyi. Market, State and Society at the End of the Twentieth Century*. MacMilllan Academic and Professional.

Moreno Feliú, P. (2005). *Entre las gracias y el molino satánico. Lecturas de Antropología Económica.* Uned Cuadernos.

Moreno Pestaña, J. L. (2020). Honneth y Castoriadis: libertad social y mercado socialista. En Zamora J. A. y Romero Cuevas, J. L. (Eds.), *Crítica inmanente de la sociedad* (pp. 69-84). Anthropos.

Moreno Pestaña, J. L. y Romero Cuevas, J. M. (Coords.) (2022). *Recuperar el socialismo. Un debate con Axel Honneth*. Akal.

Muñoz Ferrer, A. (2025). La vigencia de Karl Polanyi en tiempos de crisis: una reconstrucción histórico-intelectual. *Economía y Política, 12*(2), 05-32. https://doi.org/10.15691/07194714.2025.004

Narotzky, S. (2004). *Antropología Económica. Nuevas tendencias*. Melusina.

Polanyi, K. (1994). *El sustento del hombre*. Biblioteca Mondadori.

Polanyi, K. (2007). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica.

Polanyi, K. (2020). *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*. Capitán Swing Libros.

Polanyi, K. (2021). Nuestra obsoleta mentalidad de mercado. *Revista de Economía Institucional, 23*(45), 185-201.

Polanyi, K., Arensberg, C. y Pearson, H. (1976). *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Editorial Labor.

Polanyi Levitt, K. y Desai, R. (Eds.) (2020). *Karl Polanyi and twenty-first-century capitalism*. Manchester University Press.

Polo Blanco, J. (2015). También explotación, pero no sólo. Un diálogo imprescindible y polémico entre Marx y Karl Polanyi. *Tópicos. Revista de Filosofía*, (49), 81-122. https://doi.org/10.21555/top.v0i49.693

Schmidt am Busch, H. C. (Ed.) (2016). *Die Philosophie des Marktes/The philosophy of the market.* Felix Meiner Verlag. https://doi.org/10.28937/978-3-7873-3013-3

Schwarkopf, S. (2020). Market and marketization. En C. S. Schwarkopf. (Ed.), *The Routledge Handbook of Economic Theology* (pp. 163-172). Routledge. Abingdon. https://doi.org/10.4324/9781315267623-20

Subirats, J. (2014). Acerca del renovado interés por Karl Polanyi. *Cadernos EBAPE.BR 12*(2), 199-205. https://doi.org/10.1590/1679-395116466

Sucar Díaz, A. (2026). El mundo ante otra Gran Transformación: mercados desregulados, inteligencia artificial y nuevos fascismos. *Ola financiera, 19*(54), 1-30. https://doi.org/10.22201/fe.18701442e.2026.54.95994

Thompson, E. (1995). *Costumbres en común*. Editorial Crítica.

Valenzuela Espinoza, I. (2016). Karl Polanyi y la teoría social en América Latina: avances, desarrollos y desafíos actuales. *Polis. Revista Latinoamericana,* (45), 1-18. https://doi.org/10.4067/S0718-65682016000300013

Wallerstein, I. (1999). *Impensar las ciencias sociales; límites de los paradigmas decimonónicos.* Siglo XXI

Wiggerhaus, R. (2011). *La escuela de Fráncfort*. Fondo de Cultura Económica.